

Films de Amor

EL TENIENTE DE LOS BECOS

NUM
329



Gret Theimer
Herman Thimig

25
CTS.



FLECK Jacob y Luise

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sindic. Gral. Española de Librería - Barbas, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VIII

APARECE LOS JUEVES

NUM. 820

Wenn die Soldaten... 1931

El teniente de los besos

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por la genial artista

CHARLOTTE ANDER ✓

Narración de HARRY BALTSMORE

EXCLUSIVAS

FEBRER Y BLAY

Rambla Cataluña, 118 - Barcelona

INTERPRETES:

Alicia	CHARLOTTE ANDER	✓
Bob	Paul Helldermann	✓
Clotilde	Isabella Ewald	
General	Oscar Marión	

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

*Hermann
Thimig ✓
Sretlheimer*

PRIMERA PARTE

De toda la guarnición de Viena llamaba la atención, por su marealidad y por su brillantez, el regimiento de dragones número 3, si bien hay que aclarar, que además de esto había otra causa justificada para que aquel regimiento fuera el preferido, principalmente de las damas.

La oficialidad del regimiento número 3 de dragones eran unos muchachos que se distinguían por su simpatía y que además tenía fama de ser los más mujeriegos de todo Viena.

Y entre todos estos oficiales destacaba, en primer lugar, el teniente Bob Wildorsf, muchacho de unos veinticinco años, que no había podido pasar de teniente debido a las muchas trastadas que les había jugado a sus superiores y a los continuos arrestos, de que era objeto todo, por culpa de las dichas faldas.

No había artista de algún renombre en

Viena, que no conociera la dulzura de los besos del teniente Wildorsf, ni muchachita que valiese la pena, que él no hubiera seguido más de una vez. Era lo que se dice un terrible don Juan y con la misma suerte que el protagonista de Zorrilla.

Su nombre era pronunciado en todas las reuniones con cierto temor por los maridos y novios, y con verdadera satisfacción por los jóvenes.

Era tal la fama que había adquirido, que ésta llegó incluso a oídos del general Wrauen, uno de los militares para quienes la disciplina es antes que nada y que se creen estar en el cuartel, aun cuando están en su propia casa.

El general Wrauen, que apesar de su rigidez, había sido de joven también un punto filipino, censuraba ante los demás la vida del teniente, pero en su interior no podía menos que sentir una gran simpatía por él. Comparaba las "cosas" de aquel muchacho con las que él había hecho a su misma edad y pensaba que de haber nacido un poco antes el otro, o más tarde él, hubieran hecho una pareja única.

Pero el general ya no estaba para aquellos trotes, hacía tiempo que se había quedado viudo y tenía que cuidarse de su hija Alicia, una chiquilla de dieciocho años, más bonita

que un día de primavera y más alegre que una carcajada.

El general, para evitarse la responsabilidad de tener que custodiar a su hija, la tenía en compañía de su cuñada, una pobre mujer que padecía la manía de creerse siempre enferma y de que ningún médico entendía su enfermedad.

La hipotética enfermedad, por un lado, y el aburrimiento del pueblo que vivía su tía, hicieron que Alicia suplicase continuamente a su padre para que la sacase de allí. Tales fueron los ruegos y las lamentaciones de la muchacha, que el bueno del general, que interiormente era un pedazo de pan sin corteza, terminó por acceder y la trajo a Viena.

Al verse en la capital, Alicia sintió como nunca las ansias de divertirse y protestando siempre mil causas, procuraba asistir a todas las fiestas que se daban. Es decir, que la pequeña había salido con el mismo carácter de su padre, propenso siempre a divertirse.

Celebrábase una noche un gran baile de máscaras y Alicia, que previamente había sido invitada, consiguió salir de su casa e ir a la fiesta, que prometía ser de lo más divertido de cuanto había visto.

En efecto, allí estaban casi todos los compañeros de Bob y éste con ellos, galanteando sin cesar a cuantas mujeres había, hasta que



Celebrábase un baile de máscaras.

por fin llamaron la atención de la concurrencia para notificar una noticia importante. Cesó de tocar la música, dejaron de bailar y el anuncio consistió en que una señorita de la alta sociedad iba a cantar, aun cuando se presentaría con antifaz para guardar el incógnito y que nadie la conociese.

Hecha esta declaración, apareció la joven con el rostro cubierto por un antifaz y se

subió a una mesa, al mismo tiempo que la música empezaba a tocar la canción que ella había pedido.

Con un gesto exquisito y con una voz deliciosa, la muchacha cantó una canción que decía:

Sólo tú, en amores experto, para mí eres el
[hombre perfecto.
Sólo tú eres el hombre que sueño, para ha-
[cerme mi dueño.
¿Cuándo vendrás ¿Cómo te he de decir, que
[sin ti no puedo vivir?
Amor mío, no seas niño, pues robaré a la
[fuerza tu cariño,
que si el momento hace al ladrón, esta no-
[che, amor mío, es la ocasión.

Bob, que escuchaba a la joven, en cuanto se puso a cantar le dijo a uno de sus compañeros:

—¿No habéis conocido quién es esa muchacha?

—No le respondieron—. ¿Te crees que somos como tú que conoces a todas las mujeres de Viena?

—También vosotros conocéis a ésta. Es Putzi, la revelación de esta temporada.

—Estás equivocado— le contestaron sus compañeros—. Los dueños de esta casa no

se habrían atrevido a traer a una artista a su fiesta.

—¿Qué tiene eso de particular, si nadie le ha de ver la cara? Ahí tenéis la razón del por qué no se quita el antifaz.

—Pues nosotros te aseguramos que no es— insistieron sus compañeros.

—Eso lo averiguaré yo... Ya veréis cómo le veo la cara y saldremos de dudas.

Durante este diálogo, los demás invitados habían estado felicitando a la muchacha desconocida, y Bob aprovechó la ocasión para decirle al dueño de la casa:

—Tendría una verdadera satisfacción en poder felicitar a la joven que ha cantado.

—Pues yo le indicaré dónde está ahora.

El mismo lo llevó a una habitación contigua donde la joven estaba arreglándose el antifaz y le dejó solo con ella.

Bob, al verse en compañía de la que creía que era la artista Putzi, se cebó a reír y le dijo:

—¿Cómo estás aquí Putzi?

La muchacha sonrió e hizo un movimiento negativo, como queriéndole dar a entender de que no era quién él se creía.

—No disimules, tontita... Te conocí en seguida.

—Ven acá, tontita y quítate el antifaz... No diré nada a nadie.



—Para mí, eres el hombre perfecto.

La muchacha se resistía, pero Bob, aprovechando un descuido, le quitó el antifaz, al mismo tiempo que ella le decía indignada:

—¿Qué hace usted, insolente?

—¡Dios mío! — exclamó Bob, al darse cuenta de que no era Putzi—. Pero si no eres... tá..., usted... Es decir, ¿quién es usted?

—¡Ahora va a verlo! — exclamó sin poder

contener su indignación la joven—. Le dejaré mi tarjeta.

Y la tarjeta fué una sonora bofetada que dejó a Bob boquiabierto, sin saber qué hacer.

Cuando volvió de su sorpresa, ya había desaparecido y por más que le buscó en el salón, no la vió por ninguna parte.

SEGUNDA PARTE

La joven, al verse sin el antifaz en presencia de Bob, a quien no conocía, ni sabía si era militar o no, puesto que iba vestido de paisano, echó a correr y llegó hasta la calle donde estaba un automóvil esperándola. Se acercó al chófer y le dijo precipitadamente:

—Vaya corriendo a casa, para llegar antes que papá.

Pero al entrar en el interior del coche, se encontró con la desagradable sorpresa de ver allí a su padre que le estaba esperando.

El general Wrauen, que había visto parado el coche de su hija en la puerta de aquella casa, donde sabía se estaba celebrando un

bailó, se metió dentro de él dispuesto a esperar que llegase Alicia. Por lo mismo, ésta que lo menos se pensaba era encontrarse allí a su padre, quedó tan extrañada, que no supo qué decir hasta que el general le preguntó severamente:

—¿Estas son tus lecciones de canto?

—Pero, papá — respondió la muchacha, acordándose del éxito que había tenido con su canción—. Te prometo que he cantado.

—En el baile de máscaras..., ¿no es eso? —preguntó enérgicamente su padre—. Pues te advierto que esta es tu última escapatoria. Mañana mismo te mando a casa de tu tía Anastasia, de donde no debía haberte sacado, y quedarás allí arrestada.

—Ni que fuera yo un soldado —comentó amargamente la muchacha.

—Lo es tu padre y basta —replicó el general—. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Es que... —empezó diciendo la joven. —Mas el general la contuvo, al mismo tiempo que le decía:

—¡No me repliques!... ¡Díme termino!

Y Alicia, convencida de que aquella ocasión no conseguiría convencer a su padre, optó por callarse, pensando que el temporal pasaría y que conseguiría continuar en la ciudad.

A tal punto llegaron las aventuras de

Bob, del "Teniente de los besos", como se le conocía entre sus adoradoras, que el general decidió imponer un castigo, no solamente a él, sino a toda la demás oficialidad de aquel regimiento, para lo cual solicitó que fuese trasladado a un pueblo, donde el aburrimiento hiciera cambiar de vida a aquellos jóvenes que traían revuelta a Viena. Lo propuso al Estado Mayor y éste dispuso que fuese, casualmente, el mismo pueblo donde vivía la tía Anastasia, a donde fuera de guarnición el regimiento.

La noticia de la proximidad de la llegada de los militares, dió lugar a que las autoridades municipales se reunieran y tomaran los acuerdos pertinentes para el alojamiento de las fuerzas. Se distribuyó la oficialidad entre las familias de visos de la población y a los soldados se les destinó otros alojamientos más en consonancia con su falta de graduación.

A pesar de la continua enfermedad de la tía, Anastasia tenía como doncella a una muchacha que era un verdadero diablillo. Se pasaba el día cantando y no solamente no hacía nada, sino que conseguía que los demás criados no diesen tampoco golpe.

Cuando los tenía cerca de ella los reunía y los hacía hacer de público, mientras que ella, afectaba ser una gran artista les cantaba diversos cuplés.

El mismo día de la llegada del regimiento, aquella mañana, Gloria, que así se llamaba la doncella y que en efecto era una gloria en forma de mujer, había reunido a todos los sirvientes de la casa y les cantaba una picaresca canción que decía:

"Cuando el fumista me besa alguna vez todo lo veo de color de pez.

Cuando es el panadero de la esquina, el color es más blanco que la harina.

Y cuando el atrevido es cocinero, el color y el sabor es de puchero.

Yo por eso aborrezco a los tres y lo que encuentre bueno solo, es.

Cuando los soldados y sus uniformes me vuelven arropo y mi corazón va tras ellos al galope."

En esto se presentó el ama de llaves y, viéndolo a Gloria de aquella forma, la increpó diciéndole:

—Pero, ¿qué diablos pasa aquí?... ¿Qué escándalo es éste?... ¿No hay quien trabaje o qué?

—Es que como van a venir los soldados—respondió Gloria.

—Y qué importa que vengan los soldados?—volvió a decir malhumorada el ama de llaves.

—Pues que ya verá usted—siguió diciéndole Gloria.—Me estaba preparando.

—Silencio—le ordenó el ama de llaves.

—Y luego, haciendo una transición, le dijo:

—Vamos a tener el honor de hospedar aquí a los oficiales. Aquí mismo estará instalado el Casino... arriba, a mano derecha el capitán, en la segunda puerta, el teniente y en la tercera yo, al lado del alférez más joven.

Gloria estuvo a punto de soltar la carejada pensando en la mala suerte que había tenido el alférez más joven, por tener que dormir tan cerca de aquel adelfo en forma de mujer.

La misma mañana que llegaba el regimiento, en el que servía Bob, llegaba también a casa de su tía, enviada por su padre, Alicia. Cuando entró en la casa, su tía se hallaba con un pañuelo atado a la cabeza y con el termómetro metido en la boca tomándose la temperatura. Alicia, con su espontánea alegría y sin darle la importancia a los males de la hermana de su madre, se arrojó sobre su tía para besarla y ésta le dijo disgustada:

—Pero, hija... ¡Arrojarte así violentamente sobre tu pobre tía enferma!... ¡Dios mío, qué pulso más bajo tengo! Mira, mira ya vuelve a ir despacio.

La muchacha, sin molestarse en tomarle el pulso, le respondió riendo:

—Pero tía, ¿a lo mejor tu pulso no tiene prisa?



—¿Cómo te llamas, monada?

Su tía la miró dolorosamente y le reprochó su actitud diciéndole:

—Eres una criatura sin corazón!... Hacer chistes cuando tu pobre tía está tan enferma y sufre tanto... Aunque no debe extrañarme, porque eso es muy de la familia... Tu padre tampoco se ha preocupado jamás de su cuñada... Cien veces le he pedido que me procure un buen médico y jamás se acuerda...

—Pero, ¿no te han visitado todos los médicos de aquí?—le preguntó sonriendo su sobrina.

—Sí, pero los de aquí son unos botarates... Todos dicen que no tengo nada y que estoy completamente sana.

—¿Acaso tengan razón? —le respondió Alicia.

Su tía la miró airadamente. Para ella la peor ofensa que podía hacérsela, era decirle que estaba buena y por lo mismo le respondió:

—En mi vida he estado buena y sana, ni un solo minuto.

Mientras tanto, el teniente Bob, ayudado por el simpático Nicky, el ordenanza, que era su amigo a la vez y que le preparaba muchos de sus lances amorosos, se cambiaba su uniforme por su traje de paisano y el asistente le dijo:

—Mi teniente, perdóneme usted, pero de paisano no creo que podamos conseguir mucho de las damas.

—Bobo!—le respondió guiñándole pícaramente el teniente—. De paisano reconozco el terreno y luego, de uniforme.

Había acabado de vestirse, cuando entró Gloria y le preguntó risueña:

—¿Desea algo especial el señor teniente? Bob miró la doncella y, tan bonita la en-



Le dió un beso en la boca.

contró, que se acercó cariñosamente a ella y le dijo:

—¿Cómo te llamas, monada?

—Me llamo Gloria—respondió la chica.

—¿Y tienes cerradas las puertas de esa gloria para mí?—le preguntó con intonación Bob.

Ella sonrió coquetamente y el teniente, sin esperar más, la cogió y le dió un beso en la boca, que la hizo exclamar:

—Le advierto que soy una chica muy decente.

Pero Bob, sin esperar a más, salió a la calle, mientras que quedaban en la habitación Nicky y Gloria. Aquel, en vista del éxito que había tenido su amor, creyó que él podría conseguir el mismo y le dijo:

—¿Quieres darme un beso, preciosa?

Gloria hizo un mohín negando lo que le pedía, al mismo tiempo que le aconsejaba.

—Un beso no se pide, se toma. —Y levantó la boca, como esperando que el ordenanza la besara. En vista de Nicky no hacía intención de besarla, se le quedó mirando y le dijo harlanamente:

—¿Qué tanto crees... ¡No te pareces en nada a tu amo!

Nicky no se contuvo ya y, cogiendo a la muchacha por la cintura, la atrajo hacia él y la besó apasionadamente, mientras correspondía con el mismo fuego.

Unas horas después, Bob vió con sorpresa que cruzaba una joven, que era la misma que hacía varias noches le dió una bofetada en el baile de máscaras. Ni corto ni perezoso, se puso a seguirla y a galantearla, mientras que Alicia procuraba alejarse de él lo antes posible. Mas apesar de su insistencia, que de ser otro la habría molestado, la muchacha no pudo menos de comprender que aquel hombre era extraordinariamente simpático.

Cortejándola él y fingiendo no irle ella, llegaron hasta la puerta de su casa y Alicia se paró para preguntarle:

—Pero, ¿qué desea usted de mí?

—Que me dé usted unas lecciones de baile. Aquella noche no pude bailar con usted...

Alicia sonrió y, acordándose de la equivocación de Bob, le respondió burlescamente:

—Pues basque a Putai... Tal vez ella lo sirva mejor.

Sin decirle más, entró decididamente a su casa y su extrañeza no tuvo límite, cuando vió que Bob la seguía al interior. Se volvió a él y le preguntó, convencida de que aquel hombre era imposible de quitárselo de al lado.

—¡Esto es el colmo!... Vamos... ¡Váyase usted antes de que le vea mi tía!

—Sólo me iré con una condición—le respondió Bob.

—¿Con cuál?—preguntó sonriendo Alicia, que ya no procuró ocultar por más tiempo la simpatía que le inspiraba Bob.

—Con la condición de que volveré a verla.

—Pero es que yo no deseo verle a usted—le dijo Alicia—. No sé siquiera quién es, ni cómo se llama.

Bob tuvo inmediatamente la respuesta a punto y con una frescura le dijo:

—Ah, por eso no se apure... Soy el doctor Werner de Viena.

—Gracias a Dios—exclamó la tía de Alicia que en aquel instante había parecido y había oído las últimas palabras de Bob—. No sabe usted, doctor, con cuánta impaciencia le esperaba.

Bob quedó sorprendido y ya iba a responderle, cuando Alicia para evitar que hiciese alguna plancha y le presentó a su tía.

Eutonces Bob se abstuvo de responder y la buena mujer siguió diciéndole:

—Venga usted, doctor.

Lo cogió por una mano y se lo llevó a un diván, mientras que Alicia hacía esfuerzos extraordinarios para no soltar la risa.

La enferma, con cara de lástima, se sentó al lado del doctor y le dijo:

—Estoy muy enferma, doctor, pero ningún médico quiere curarme... Menos mal que usted me dará la razón.

—Desde luego, señora—respondió Bob.

—En su rostro se advierte su padecimiento.

—¿Quiere usted reconocermme ahora mismo?—preguntó la tía de Alicia—. ¿Quiere que me desnude por completo?

Alicia se volvió para que su tía no advirtiese que se estaba riendo y el teniente le dijo:

—¡No, por Dios!... No es necesario. La auscultaré exteriormente.

Al cabo de unos segundos de estarla auscultando le dijo:

—El pecho pita alarmadamente.

—¿De veras pita?... Reconózcame bien, reconózcame por delante.

Y sin esperar a que él inclinase la cabeza sobre su pecho, fué ella misma quien se la puso.

Bob consiguió al fin librarse de aquel terrible reconocimiento y exclamó:

—Desde luego, es un caso bastante difícil.

—¿Cree usted que moriré? — preguntó alarmada la tía Anastasia.

—No, nada de muerte — respondió con fingida seriedad el teniente —, pero tendrá que seguir un régimen muy especial... Tiene que beber mucho y no precisamente agua... Por la mañana, en ayunas, una copa doble de conac... ¿Comprende? A las diez, de dos a siete copas de lo mismo.

Alicia miró asustada al teniente y éste, con una frescura enorme, continuó recetando aquel extraño régimen y diciéndole a la enferma:

Antes del almuerzo una copa de peppermint y después del almuerzo, una de kirsch.

La tía de la joven iba tomando nota de cuanto le decía Bob, quien sin titubear continuó aún:

—A las cinco de la tarde, debe tomar un cocktail de huevo y conac y antes de acostarse sencillamente champán.

—¿Mucho?—preguntó la tía Anastasia.

—Todo cuanto quiera. El champán nunca hace daño. Cuanto más mejor. Naturalmente, yo la tendré que visitar a menudo.

—Sí, sí, venga usted dos veces al día.

—Tal vez no sean suficientes — respondió Bob —, Tendré que venir aquí lo menos tres veces.

—Todas las que usted quiera. Puede venir como si fuera su casa.

Se despidió por fin de Alicia diciéndole:

—Ya lo sabe usted, tendré que venir tres veces al día y cuando pueda más todavía.

Alicia se echó a reír y le dio la mano que el teniente besó repetidas veces hasta que la joven le dijo:

—Ya me dirá usted cuándo quiera dejarme la mano libre.

—Por mí la tendría prisionera toda la vida.

Ella le acompañó hasta la puerta y cuando lo vió marchar, suspiró pensando que aquel muchacho se diferenciaba mucho a cuantos hasta entonces había conocido.

TERCERA PARTE

Aquella noche las Autoridades daban en el Ayuntamiento un baile en honor de la oficialidad y, como es natural, Bob no tuvo más remedio que asistir a él, ya que era una orden superior.

Pero a la hora de estar allí estaba tan aburrido, que en la primera ocasión huyó del salón y se fué en busca de algo que lo divirtiese más.

De pronto vió el anuncio de un music-hall y se dijo:

—Allí es donde yo debo estar.

Inmediatamente se fué hacia el establecimiento de espectáculo, sacó un palco y se dispuso a pasar la noche lo más alegremente posible.

Cuál no sería su sorpresa al ver que las girls que representaban la revista eran precisamente las mismas que él había dejado en Viena y, en cuanto terminó la representación, se metió dentro del escenario. Todas las chicas lo rodearon acariciándole y Bob respondía con sus besos y caricias a los mi-

mos de aquellas deliciosas criaturas, gracias a las cuales pasaría una buena noche.

Y tan buena la pasó, que cuando aquella madrugada volvió a su casa, iba con más dificultad que si tuviera que vencer a un enemigo.

Habían abusado del champán de tal manera, que el teniente, ni siquiera supo dar con su esarto y tuvo que pasar las pocas horas que le quedaban para dormir sentado en una butaca.

Al día siguiente, era día de maniobras y Bob, haciendo un verdadero esfuerzo, acudió a su puesto en el regimiento. Pensosamente montó a caballo y se situó al lado del capitán que mandaba los movimientos. Mientras duraban éstos, Bob se quedó profundamente dormido sobre el mismo caballo y no se dió cuenta de que sus compañeros habían avanzado y le habían dejado solo.

El animal que montaba, al sentirse solo y sin que nadie le hostigara, comprendió el camino de la ciudad y fué nuevamente a donde paraba su dueño.

En la puerta se detuvo un gran rato, sin que el jinete se diera cuenta de lo que pasaba, hasta que salió Nicky y, al verlo, le preguntó alarmado:

—¿Qué ocurre mi teniente?

Este se despertó sobresaltado exclamando:

—¡Escuadrón!... ¡Al galope!

—Pero, ¿qué le ha ocurrido, mi teniente? —preguntó Nicky—. ¿Se ha debido quedar dormido y el caballo lo ha traído hasta aquí?

—Pues ya que me ha traído, me iré a dormir —respondió tranquilamente Bob, apeándose de la cabalgadura y metiéndose en la casa.

Minutos después roncaba tranquilamente, sin acordarse siquiera de las maniobras que en aquellos instantes estaban realizando sus compañeros.

Mientras que Bob dormía tranquilamente llegó el general Wrauen y Alicia, al oírse su voz, corrió a abrazarlo exclamando:

—¿Qué sorpresa tan grande, papá!

—Vine solo de paso, para seguir viaje mañana —respondió el general abrazando a su hijo—. ¿Y tu tía cómo sigue?

—Lo mismo que siempre... No tiene nada. Acaba de echarse ahora... Está durmiendo.

—Sabes que tenemos guarnición aquí? El tercer regimiento de dragones.

—Hombré, qué casualidad. Y ahora que estoy aquí, quiero conocer a un teniente que es un gran jicote... Se llama Bob Wildorsf. Mientras tu tía se despierta iré a verlo.

Acompañado de su ayudante, se dirigió directamente a donde estaba instalado el Casino, con el firme propósito de conocer personalmente al teniente Bob.

Pero en el Casino no pudo encontrar al capitán porque éste, al darse cuenta de la desaparición del teniente, había ido a buscarlo y se lo encontró durmiendo tranquilamente.

—¡Muy bonito! —exclamó indignado el capitán—. ¡Con que durmiendo en vez de estar en su sitio!

—Si usted supiera, mi capitán —le dijo el teniente buscando una excusa, que no admitió su jefe, puesto que sin dejarle terminar, le dijo.

—¡Queda usted aquí arrestado!

—Está bien, mi capitán —respondió Bob, no atreviéndose a contradecirle.

En cuanto salió el capitán, Bob que ya estaba libre de los efectos del sueño dió un salto en la cama y le dijo a su asistente:

—Prepárame la ropa de paisano que voy a salir.

—Piense, mi teniente, que está arrestado y es peligroso.

—¿Qué importa? —respondió el teniente.

—No me voy a quedar aquí todo el día, mientras me está esperando una mujer que es un sueño.

—Es que si el capitán llega a saber...

—El capitán no tiene que saber nada —exclamó Bob—. ¿Para qué te tengo a ti, sino para sacarme de estos compromisos?

Nicky no se atrevió a contradecirlo más. Estaba seguro de que su amo saldría aun cuando el arresto se lo hubiese impuesto el mismo general y dejó que hiciese lo que mejor le viniese en gana.

CUARTA PARTE

Bob se vistió tranquilamente y se fué en busca de Alicia, que tenía que estar todo el día recogiendo cuantos objetos hacía de valor, ya que su tía en las borracheras que tomaba, siguiendo el plan que Bob le había impuesto, no dejaba nada sano.

Cuando entró Bob donde le esperaba Alicia, ésta le mostró a su tía que bajaba dando traspies y le dijo:

—Mire usted... Mire usted lo que ha hecho.

—Bah, eso no tiene importancia—respondió Bob—. Es una medicina que no perjudica.

Fué al encuentro de la tía de Alicia y la saludó diciéndole:



—Ese general es tu futuro suegro.

—Caramba, señora, qué animada la veo a usted!

—Sí, doctor—respondió la buena mujer.—Estoy muy alegre. Desde que sigo su plan,

estoy otra muy diferente... Para mí no existen las penas.

—Me alegro de que sea así y de haber contribuido yo a ello—respondió Bob.

La buena mujer desapareció dando trespiés y Alicia le preguntó:

—¿Hasta cuando piensa tener así a mi pobre tía?

—Hasta que usted diga que me ama. Yo me he propuesto convencerla y de alguna manera me he de valer.

—Entonces—respondió sonriendo la joven—. Tendré que decidirme pronto..., o nos quedaremos sin porcelana.

Y ante la sonrisa de ella, Bob comprendió que era el instante más señalado para el ataque y la cogió en sus brazos besándola apasionadamente. En el mismo instante que la besaba, vio el retrato del general y le preguntó:

—¿Quién es ese general?

—Ese general es tu futuro suegro—le respondió sonriendo la muchacha.

Bob se acercó más al retrato y saludando militarmente le dijo, como si estuviera allí el original de la fotografía.

—Excelencia, tengo que confesarle un secreto... Esta encantadora muchacha y yo..., el más famoso médico..., nos queremos.

—Muy bien dicho—exclamó Alicia—, pero sería mejor que se lo dijeras a él en

persona. Precisamente acaba de llegar y ha ido al Casino.

—¿Que ha llegado un general y está en el Casino?—preguntó alarmado Bob.

—Sí—siguió diciéndole Alicia—. Dijo que tenía que ver al teniente Wildorst.

Bob no quiso detenerse más y, ante la extrañeza de la muchacha, salió corriendo, a la vez que le decía:

—Voy ahora mismo a verlo, antes que se incomode. Quiero decirle que nos queremos y que... Bueno, ya te lo diré a la noche.

Pero aquella noche, con motivo de la llegada del general, Bob no pudo acudir a ver a Alicia. No obstante, aprovechó el tiempo para pedir su mano al general, que éste le otorgó complacido.

Y por la mañana siguiente, el general, que conocía de sobras el genio de su hija, quiso explorar el terreno antes de dar un paso en falso y le dijo:

—Alicia, anoche me pidió tu mano el teniente Wildorst.

—¿Y qué le contestaste?—preguntó Alicia preparándose para el combate que tenía que librar, cuando le dijese a su padre que ella amaba a otro hombre.

—¿Pues qué quieres que le dijese?... no podía negarme a ello. El teniente Wildorst es un oficial del ejército y digno de toda consideración.

—¿Eso quiere decir que accediste a su pretensión?—preguntó Alicia.

—Claro que sí.

—Pues hiciste mal—replicó la muchacha, decidida a todo antes que dejar a su novio, que ella creía era otro distinto al que le hablaba de su padre.

—¿Y por qué hiciste mal?—preguntó el general, creyendo que se trataba de alguna tontería de su hija.

—Sencillamente, por la razón de que estoy prometida.

—¿Que estás prometida?... ¿Y con quién?

Alicia le dio el nombre que Bob le había dado y su padre exclamó:

—¿Con un paisano?... De ninguna manera... Te casarás con el teniente Wildorsf.

—Y yo te digo que no.

En aquel momento entró un criado anunciando que el teniente Wildorsf esperaba permiso del general para verle y éste exclamó, dirigiéndose a su hija:

—Reprime tu carácter y trátalo como a un caballero que es.

—Ya te he dicho que si tanto te interesa, puedes casarte tú con él, lo que es yo, no me caso.

—¡Alicia!—le gritó su padre viendo la terquedad de la muchacha.

Mas ésta, sin darle importancia, le respondió:

—Haz lo que quieras... Yo ya te he dicho mi respuesta.

Salió el general para recibir al teniente y, pensando en la escena que le aguardaba, cuando entrase a ver a su novia, le dijo:

—Amigo mío, siento lo que voy a decirte, pero es el caso que mi hija..., la verdad se niega a dar su consentimiento para esa boda.

—¿Qué extraño?—replicó Bob.

—No lo crea, mi hija tiene un carácter algo raro... Pero si usted quiere hablarle, hágalo... A ver esa fama de Tenorio que tiene, si la confirma y la convence.

—Casi se lo aseguraría—respondió Bob, entrando directamente a donde estaba Alicia, que al enterarse de que era el mismo el marido que le proponía su padre, se echó a sus brazos y lo besó amorosamente.

Mientras tanto, el general se pasaba nerviosamente por la puerta y como tanto tardaba en salir Bob, se dijo:

—¡Qué mal rato debe estar pasando ese muchacho!... Será mejor que lo ayude yo.

Abrió la puerta y su sorpresa no fué pequeña cuando vió a su hija en brazos del teniente. Inmediatamente la volvió a cerrar y exclamó riendo:

—Ahora sí que se ha ganado las estrellas de capitán.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS

Interpretada por los artistas

La mujer pantera

y

Charles Laughton



Precio: UNA peseta.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS" Apartado 707
BARCELONA

Sevimos número sueltos y colecciones, completas, previo
cambio del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis.

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Precio: UNA PESETA

LOS GRANDES ÉXITOS DE LA TEMPORADA

VIAJE DE NOVIOS Brigitte Helm

PASTO DE TIBURONES

Edward G. Robinson

EL ROBINSON MODERNO

Douglas Fairbanks

SOLTERO INOCENTE

Maurice Chevalier

I. F. I. NO CONTESTA

Charles Boyer

MELODÍA DE ARRABAL

I. Argentina - C. Gardel

EL SIGNO DE LA CRUZ

F. March - E. Landi

TODO POR EL AMOR

Jan Kiepura

D'ANTÓN

Jacques Gattelet

ESTRELLA DE VALENCIA

Brigitte Helm

CASADA POR AZAR

Clark Gable

KING KONG

Fay Wray

YO... Y LA EMPERATRIZ Lilian Harvey

MADAME BUTTERFLY Sylvia Sydney

EL BESO ANTE EL ESPEJO N. Carroll

VAMPIRESAS 1933 Warren William

S. O. S. ICEBERG Rod La Roque

AMORIOS (Liebzlei) Magda Schneider

MATER DOLOROSA Lina Noro

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"-Apart. 707 - Barcelona

Reservan el importe en valores de correo y cinco céntimos para el
carilizado. Franquear gratis.